

CUADERNOS ALTOARAGONESES

De Alquézar al covacho de Chimiachas y a los pozos de nieve de Campoluengo

Por J. Mariano SERAL

Bajo la penumbra de la luna que se apaga y la tenue luz del nuevo día, nosotros una vez más nos echamos la mochila a la espalda y partimos en nuestro caminar desde el municipio de Alquézar, tomando rumbo norte dirección al collado de San Lucas, dejamos atrás el pueblo sumido todavía en el letargo de la noche anterior, que poco a poco irá despertando pasando del silencio al bullicio del trajín diario. Cruzamos el seco cauce del barranco de Payuala, vamos ascendiendo por la ladera sur del tozal, mirando de reojo la pétreo retícula del entramado de los muros de piedra seca semiocultos por la maleza, nos detenemos para observar el aterrazamiento de toda esta zona, recordándonos esa economía de subsistencia en la cual se aprovechaba toda la superficie incluso las laderas escalonándolas. Una vez que llegamos a la cresta de dicho collado, se abre el ángulo de visión, permitiéndonos observar una vez más el cañón del río Vero. Nos detenemos para escuchar el zumbido de sus aguas atenuado por la distancia, vamos recorriendo con nuestra vista los crestones, oquedades, concavidades, convexidades, las verticales paredes que componen el paisaje, moteadas de verde por la vegetación que se aferra a cualquier saliente o grieta, también contemplamos la trayectoria del barranco de Lumos, así como los canales que desembocan en él engrosando su caudal en los periodos de lluvia, la convivencia de los estratos de roca caliza y de conglomerado hablan de la historia geológica de esta zona. A mano derecha dejamos al borde del acantilado calizo un reducido olivar yermo, rodeado por un muro de piedra seca, pensamos en aquellos agricultores que lo cultivaban, mientras realizaban sus labores disfrutaban de un paisaje de gran belleza. Vamos ganando altitud, la senda discurre paralela al cañón del Vero, la cual en algunos puntos se convierte en verdaderas atalayas que nos permiten admirar esta obra escultórica, cuyo autor es la erosión. Varios buitres se encaraman en la cresta de una roca en busca

de la calidez de los primeros rayos solares, oteando el horizonte, de vez en cuando alguno de ellos decide emprender el vuelo desplegando las alas y lanzándose al abismo, comenzando a planear. No podemos resistir la tentación de mirar hacia atrás y echar un vistazo al caserío de Alquézar, sobre el cual destaca la Colegiata. Tras subir un pequeño repecho llegamos a las balsas de Basacol, el entorno está muy cuidado con mesas y bancos, destacando una pequeña construcción de planta cuadrada, inspirada en los esconjuraderos, cuatro arcos apuntados uno por cada vertiente dan acceso a su interior. Según la mesa de interpretación de la zona hasta hace unos años estas balsas abastecían a los vecinos de Alquézar. Hoy entre otros usos se utilizan para la extinción de incendios. Escuchamos las esquillas de un diseminado rebaño de ovejas, alguna de ellas se aproxima a abrevar en la balsa, otras pastan entre las carrascas cumpliendo una función de desbroce, también dan un toque de colorido efímero moteando de blanco el verde de la vegetación, nos observan de reojo a nuestro paso. Poco después se acerca el pastor, al grito de "maquirrina", algún que otro sonido gutural y silbido, las vuelve a reagrupar, es curioso ver cómo las ovejas reconocen la voz de su pastor y le siguen.

Reanudamos nuestro caminar dirección norte, la pista está bordeada por una espesa masa forestal de carrascas, nos encontramos con pequeñas construcciones de mampostería de planta circular y bóveda interior de piedra, estas casetas eran utilizadas como refugio ante las inclemencias del tiempo por los pastores, que pasaban todo el día en el campo cuidando sus rebaños de ovejas. Tras una de estas edificaciones persisten unos muros de piedra seca de cierta altura.

Levantamos la vista, a mano izquierda entre el verde de la vegetación destaca el caserío de San Pelegrín, bonito pueblo en el cual predomina la piedra como materia prima en la construcción de los edificios, en más de una ocasión lo hemos atravesado en nuestras excursiones al mesón de



Ciervo de Chimiachas



Caseta

Sevil, alguna de las parcelas colindantes labradas recientemente introduce el color marrón en el paisaje. Nos vamos aproximando a los abrigos de Quizans, numerosas oquedades se intercalan en la pared de este macizo rocoso. Seguimos subiendo por la ladera aterrazada, por el oeste dejamos un almendreril que echa de menos la mano de su dueño, ya nadie recoge el fruto, ya nadie corta la zarza que brota en la parcela, la vegetación año a año lo va abrazando para terminar engulléndolo.

Un último remonte y llegamos al abrigo, uno de los covachos está bordeado a cierta distancia por un muro de piedra seca, de tamaño irregular así como su distribución, quedando de este modo un recinto de planta rectangular que se utilizaba como corral, con cierto grado de vergencia hacia el Vero, el pastor vigilante de su rebaño se cobijaba en dicho covacho. Debido a su orientación sur permitía aprovechar la tibieza de los rayos solares. El resultado de estas convexidades y concavidades es fruto de la erosión, el colorido que presenta tonos grisáceos, rojizos y ocres le dan gran belleza. Este covacho alberga pinturas rupestres de estilo esquemático en concreto según la mesa de interpre-

tación próxima: "un pequeño ciervo, trazos y marcas hechas con los dedos (digitaciones). Fueron realizados hace al menos 5.000 años con pigmentos de color rojo, obtenidos a partir del óxido de hierro, presente en vetas de la propia roca caliza". Retomamos la senda con el objeto de visitar el abrigo de Chimiachas. A mano izquierda en la base del tozal podemos ver la pista que se dirige hacia el mesón de Sevil, destacando el vallón que resta entre el alomamiento del terreno. En dicho vallón alguna de las parcelas ha sido labrada recientemente, el resto permanecen yermas. A escasos metros de la senda en una visera del estrato rocoso, se construyó un muro de piedra seca con el objeto de utilizar este espacio como corral. Pasamos por el tozal deros Tiestos, este camino antaño era utilizado para llevar los rebaños de ganado a las zonas altas del Vero. También se aprovechaba la madera de los buchos para tallar cucharas tenedores y otros utensilios domésticos. Una vez rebasado este tozal tomamos un desvío dirección este, al norte se emplazan los pozos de nieve de Campoluengo.

La pista baja con fuerte pendiente, para convertirse posteriormente en senda, discurrendo entre pinos, el lu-

gar adquiere tintes mágicos ya que al ser una zona húmeda la base del arbolado esta tapizada por un suave verde manto de musgo, los rayos solares son filtrados por el ramaje creándose un entorno en penumbra entre algún destello solar. Entramos en el barranco de Chimiachas, el entorno todavía gana más belleza, musgos helechos nos acompañan, la temperatura desciende, no recibimos la calidez del sol. Vamos perdiendo altitud hasta llegar a un panel informativo que nos indica el abrigo de Chimiachas, salimos del barranco por la vertiente oeste, unas escaleras metálicas nos facilitan la llegada hasta los covachos, nos detenemos para observar el entorno de gran belleza. Nos acercamos hasta la oquedad protegida por una verja, observamos durante unos minutos esta pintura, "el ciervo del barranco de Chimiachas es uno de los más bellos exponentes del arte prehistórico levantino, destaca el fuerte trazado de la silueta" (mesa de interpretación de la zona).

En nuestro regreso decidimos visitar los pozos de nieve de Campoluengo, la pista pedregosa sube con fuerte pendiente entre buchos y erizón, pocos metros después pasamos un pinar, tras el cual nos detenemos para observar el paisaje: podemos ver el mesón de Sevil, más al oeste la Sierra de Guara. Un panel informativo nos indica los pozos de nieve, en pocos minutos llegamos a estas construcciones. El primero de ellos excavado en roca caliza, su bóveda con varios arcos de sillería, de planta circular, se puede acceder a su interior a través de un pequeño túnel. Consultamos el libro de Pedro A. Ayuso Vivar, Pozos de nieve y hielo en el Alto Aragón: "Se trata de una magnífica construcción subterránea excavada en la roca caliza. Cuenta con dos aberturas trapezoidales sobre los arcos de 1,20 x 0,70. El diámetro es de 7 metros, al igual que su altura". A escasos metros al pie de un macizo rocoso que le da sombra se encuentra el segundo pozo, de planta circular deformada, paredes de mampostería. Consultamos la misma bibliografía citada anteriormente: "Tiene un diámetro actual de 5 metros y una profundidad de 3,50".

Es hora de volver a casa, la excursión de hoy nos ha parecido enriquecedora, a lo largo del trayecto nos hemos encontrado con numerosas reseñas que nos hablan de la historia del hombre, algunas de gran relevancia como las pinturas rupestres y los pozos de nieve, elementos que nos evocan diferentes formas de vida, quedando como registros de las etapas por las que pasa el hombre en esa senda de la evolución constante, evolución en la cual se encuentra inmerso contando cada vez con más medios que le facilitan la vida.